

INTRODUCCION A LA CONCIENCIA SOCIAL CATOLICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

EL CATOLICISMO NORTEAMERICANO

ha tenido, desde el punto de vista de su expansión, uno de los desarrollos más formidables que registra la historia. Desde una minoría hostilizada, menospreciada y punto menos que inconsciente de su misión, consistente en unas 35.000 almas cuando sobrevino la independencia nacional en 1780, la población católica de los Estados Unidos ha alcanzado la cifra redonda de 26.000.000 en la actualidad. La historia de esta portentosa evolución; esta vertiginosa multiplicación, es una de las grandes epopeyas de la Iglesia universal. Se debe, naturalmente a los enormes contingentes de inmigrantes que, en verdaderas oleadas, han poblado las inmensidades territoriales de la nación. El proceso económico de la industrialización influyó poderosamente en atraer millones de personas que abandonaron la Europa central y meridional para buscar fortuna en las fábricas, las minas y los centros urbanos norteamericanos. Así es que, en el curso del siglo diecinueve, se produce en el país un triple fenómeno: el aumento desmesurado de la población, la industrialización extraordinaria de su economía, haciendo que la agricultura decayese como base de la vida del pueblo, y la concentración de un número siempre mayor de pobladores en los centros urbanos. Dentro de este cuadro de una realidad viviente, la Iglesia Católica tuvo que realizar verdaderas proezas de ingenio, de valor y de ajuste a las circunstancias variantes y complejas de la nueva vida y orden social que en tierras norteamericanas se venían forjando.

Para el estudio y conocimiento de la doctrina social en acción y el grado de difusión de las ideas y preceptos de las Encíclicas, es útil que tengamos en cuenta ciertos factores fundamentales que influyen en este sentido. Estos elementos básicos pueden resumirse en la siguiente forma:

1.— La inmensa mayoría de la población católica de los Estados Unidos es urbana, proletaria e industrial, y por lo tanto, sujeta a una forma muy directa a las consecuencias del sistema económico imperante.

2.— Esta población católica está com-

puesta en gran parte de elementos europeos relativamente recién llegados, que, durante la segunda mitad del siglo pasado, no habían adquirido la formación intelectual necesaria para servir de instrumento de difusión de las ideas sociales católicas. La falta de educación, el desconocimiento de la lengua inglesa y la extrañeza del medio, hacían que muchos inmigrantes católicos no influyesen para nada en las grandes decisiones relacionadas con los problemas sociales.

3.— Durante la mayor parte del siglo diecinueve, debido a su situación de minoría, la Iglesia Católica a duras penas podía difundir su doctrina social entre medios obreros, donde convivían católicos y no-católicos. Cualquier esfuerzo hacia este fin hubiera sido mirado con recelo y desconfianza. La tradición de que las iglesias no se metían en cosas económicas estaba arraigada y obraba en contra de una participación más activa del catolicismo como tal en los movimientos tendientes a mejorar la suerte de las masas proletarias.

4.— Los mismos católicos, muy a menudo, vivían indiferentes al alcance de su propia doctrina social. O la ignoraban o no le hacían caso. Algunos católicos no solamente eran indiferentes sino hostiles a la idea de que la Iglesia difundiese una doctrina que procuraba la modificación substancial del sistema económico capitalista.

5.— Durante muchos años, la Iglesia se veía obligada a dedicar la mayor parte de su atención a los problemas apremiantes de atender a las necesidades estrictamente espirituales de los fieles. No había un clero habilitado para otro tipo de labor ni las facilidades para ella. La invasión migratoria planteó una cuestión tan grave que la Iglesia tenía que atender primero a los más indispensables. Por lo tanto, la organización de la vida espiritual y sacramental entre la población siempre creciente se impuso como el deber primordial. Solamente en el siglo veinte pudo la Iglesia establecer los medios para una labor social más activa y mejor coordinada.

He aquí cinco consideraciones a manera

de introducción al tema general de la labor social de la Iglesia en los Estados Unidos; consideraciones *sine qua non* para entender lo que se ha podido hacer y porqué no se ha hecho infinitamente más en eso de afianzar en el terreno de la realidad, las doctrinas sobre materia social y económica que preconiza la Iglesia, expresadas en las diversas Encíclicas. Notemos el alcance de las consideraciones enumeradas como base de enfoque del estudio somero que queremos hacer de la doctrina social en acción.

La mayoría abrumadora de los nuevos inmigrantes, salidos de los campos de Polonia, Calabria, Hungría y demás regiones centro europeas, pasó a acrecentar la población de las ciudades americanas. Era gente que durante generaciones había vivido la vida del campo, que nada sabían de las exigencias y los problemas de la existencia urbana. Se planteó para la Iglesia un problema moral de primerísima magnitud. Se explica fácilmente porqué la Iglesia se vió precisada a intervenir primordialmente en cuestiones de índole social antes de desarrollar las grandes instituciones de la cultura. Este primer factor explica porqué la Iglesia Católica norteamericana sea, ante todo, una fuerza social, más bien que una fuerza intelectual, como suele ser en muchos de los países europeos. La Iglesia nunca se ha visto obligada a resolver un problema de las proporciones incalculables de el de los Estados Unidos, donde la inmensa mayoría de los fieles viven en centros urbanos e industriales, puesto que solamente el 20 por ciento de los católicos del país habitan los campos. Así es que los católicos sintieron con especial fuerza las consecuencias del capitalismo moderno. Sobre ellos, pesaba con singular violencia las injusticias, la falta de garantías y demás rasgos del capitalismo. A ellos ha tenido que ir la Iglesia directamente para resolver en lo posible este problema tremendamente apremiante.

Esta población proletaria está compuesta principalmente de elementos europeos más o menos recién llegados. El catolicismo norteamericano comenzó a tomar auge precisamente con la llegada al territorio nacional de esta inmensa oleada de inmigrantes. Ignoraban la lengua inglesa, desconocían las costumbres del nuevo país, no eran ciudadanos todavía y, por lo tanto, privados de toda participación en su vida; tendían a concentrarse en barrios especiales, en comunidades donde se perpetuaban las usanzas de su tierra de origen; y vivían como

islotés de europeos en medio del mundo americano. Su único contacto con la vida norteamericana en sí, era el económico. Pero su conciencia social, era punto menos que no existente. La Iglesia misma no poseía los medios para alcanzar esta masa amorfa y todavía no asimilada. Había necesidad de traer sacerdotes de Polonia, de Italia, de Hungría y de Alemania para atender a las necesidades espirituales de estas poblaciones. Todo esto contribuyó a que se acentuara todavía más el abismo entre los norteamericanos de abolengo en el Nuevo Mundo y los recién llegados. Así es que aunque se hubiese hecho el intento de introducir nociones de doctrina social católica entre estos millones de fieles, hubieron sido inútil, puesto que su influencia era nula.

En tercer lugar, la Iglesia Católica vivió el siglo XIX en medio de un ambiente todavía no depurado de prejuicio y de rencor. El siglo pasado se caracteriza por diversos movimientos de carácter anti-católico, especialmente el llamado **Nativismo** hacia mediados del siglo; el A. P. A. o sea, Asociación Protectora Americana, más tarde, la agrupación conocida por el nombre de los **Know Nothings**, y finalmente el famosísimo **Ku Klux Klan** que data de la época de la Guerra de Sucesión, pero que tomó bríos nuevamente un poco antes de la depresión de 1929. Esta organización se caracteriza por su antagonismo virulento a la Iglesia Católica, a los negros y a los judíos. Es una manifestación periódica de un sentimiento que se halla enraizado hondamente en la conciencia del pueblo norteamericano, y que de cuando en cuando brota fulminantemente. Sin embargo, es preciso tenerlo en cuenta para entender el medio en que la Iglesia tenía que desenvolverse. Es útil recordar también que la Iglesia Católica en el siglo XIX estaba en plena época de consolidación; de echar raíces, de lograr esa identificación plena con el genio y el espíritu del país que todavía no poseía. El pueblo tradicionalmente americano, la miraba como algo extraña, como una institución exótica. El hecho de que la inmensa mayoría de los fieles fuesen del mediodía de Europa, intensificó todavía más esta impresión, haciendo que se le viese como organismo religioso de los europeos; de los extranjeros. La Iglesia, además de organizar sus diócesis, sus parroquias y todos los instrumentos de su vida, tuvo que convencer a una mayoría desconfiada en la cual estaba enclavada, que su misión nada violaba los pre-

ceptos de la constitución ni afectaba la lealtad de sus fieles para con el país de su adopción. En una palabra, la Iglesia tuvo que "americanizarse" antes de que pudiera aspirar a ejercer una influencia positiva en el sentido social. Es muy importante tener en cuenta lo que significa para la minoría católica de los Estados Unidos "vivir en minoría". Ha tenido que adaptarse a un ritmo de vida que se le ha impuesto; ha tenido que convivir con elementos religiosos sumamente diversos; ha tenido que separar rígidamente la religión de muchos aspectos de la vida cotidiana, por respeto al mundo. Ha tenido, en general, que integrarse a un mundo que le es ajeno, cuyas ideas tienen un origen netamente evangélico. ¿Cómo hubiera sido posible entonces que el catolicismo norteamericano, compuesto de polacos; italianos y demás nacionalidades, intentase un programa de acción social? El laicismo y secularismo mismos que predominan en los Estados Unidos dificultaba enormemente esta acción. El protestantismo había perdido mucho de su contenido vital, pero sus principios, sobre todo aquel que preconiza la religión como eminentemente subjetiva y del fuero íntimo de cada individuo, contrastaba marcadamente con el concepto de que la religión debe influir en todos los aspectos de la vida. La mayoría protestante toleraba la religión como algo sano y bueno; laudable para el individuo y útil para la sociedad, pero de ninguna manera debía una iglesia pretender meterse en eso de la economía o de los problemas sociales. Aún reconociendo que los Estados Unidos de 1900 eran un país de puro origen protestante, hubiera sido inconcebible que la Iglesia Metodista o el Presbiteriana propusiese un programa de acción social o interviniese en un litigio industrial con la idea de ofrecer una solución. La verdad es que el protestantismo tanto de los Estados Unidos como en los otros países, ha llegado a un grado de ineffectividad y de contenido huero, que no tiene siquiera un programa para ninguna de las realidades de la vida actual. Pero, traemos a colación este punto para indicar que aún con la mejor intención del mundo, la Iglesia Católica sentía todo el peso de su estado minoritario; se sentía cohibida e incapaz de hacer oír su voz. Faltaba todavía ese momento oportuno para poder salir a la luz del día con el estupendo programa de acción social, formulado en **Rerum Novarum**.

Muchos de los católicos mismos sentían una profunda indiferencia hacia el aspecto social. Desconocían la doctrina social o vivían tan influidos por el medio en que se

hallaban que desconfiaban de una intervención demasiado evidente de la Iglesia en estas materias. Muchos católicos constituían un obstáculo más difícil para la Iglesia en este aspecto de su realización y de su obra que los mismos evangélicos. Se difundió entre muchos la idea nefasta y viciosa de que el catolicismo era equivalente del **status quo**; que todo cambio era revolucionario y, por ende, injusto y deplorable; que el capitalismo representaba el **summum bonum** de la existencia humana y que sugerir que pudiese contener algunas imperfecciones o hasta inhumanidades, era socavar el orden social establecido. No pocos capitalistas pretendieron ver en el catolicismo una fuerza conservadora que servía de utilísimo valladar contra los excesos del socialismo, el anarquismo y el comunismo. Por cierto, estos señores confundían adrede el comunismo con la justicia social y veían en cualquier demanda por parte de los obreros por un salario más justo, una funesta conspiración que amenaza con minar la sociedad existente. El catolicismo tuvo que librarse de la indiferencia de sus propios fieles; sacudirlos y hacerles ver que acción social y económica forma parte de la batalla que nunca termina para ganar almas y alcanzar el Cielo. Tuvo que convencer a sus enemigos de que sus actividades cobían dentro del marco general de las tradiciones americanas; que la Iglesia universal tiene una capacidad infinita de adaptación y que en cada país se nacionaliza en cuanto a sus métodos, sus procedimientos y en muchos detalles de su mecanismo.

En último término, no había un clero habilitado para esta obra. Los Estados Unidos no poseían hacia fines del siglo pasado, centros de estudio de la amplitud de los de Europa. No había ningún impulso colectivo que llevase la Iglesia a este terreno. Había que esperar que una feliz circunstancia se produjese que sirvió de punto de partida para la magna labor social que se ha realizado en los últimos veinticinco años: eso fué el manifiesto de la Jerarquía norteamericana sobre la crisis en 1919, documento de un alcance enorme y de una verdadera trascendencia. Desde ese momento, la Iglesia se sintió capacitada para entrar en la lucha. La fundación de la **National Catholic Welfare Conference** le dió mayor ímpetu. Desde aquella fecha, el desarrollo ha sido extraordinario. En un segundo artículo, examinaremos cómo esta acción social se ha manifestado.

Ricardo Pattee.